

## Nuevos garabatos

■ Aquella señora que me adelantó en su Fiat para gritarme una grosería no lo hizo ni enojada ni molesta. Más bien parecía encantada de poder dedicar a alguien un garabato de grueso calibre. Si hubiese tenido levantado el vidrio de mi automóvil, hasta hubiese creído que me estaba ligando. Nada había, pues, en su expresión que correspondiera al insulto que me adjudicaba.

Cuidando de conservar mi derecha porque la señora, después de todo, tenía razón, me fui reflexionando sobre cómo se habían ido desvalorizando las palabras soeces hasta convertirse en una forma de expresión coloquial no exenta de simpatía y desprovista de la carga emocional que en un principio tuvieron.

Pío Baroja dice en uno de sus libros que hay personas para quienes el insulto es una voluptuosidad y esta observación de don Pío carece ya de vigencia, pues ni siquiera se puede hablar del placer de insultar. El insulto es moneda corriente que se toma y se da con deportiva naturalidad.

En mucho ha contribuido a esta devaluación de la grosería el uso y abuso que de ella hacen en los días que corren las mujeres. Encantadas con estos nuevos vocablos que están a su disposición con la liberalización de costumbres, el insulto femenino rara vez tiene la connotación ofensiva que él debiera encerrar. En sus bocas, las palabras soeces adquieren un acento pícaro y hasta seductor.

Igual desgaste ocurre en las relaciones masculinas. Es raro encontrar a un adolescente que no use como muletilla, apelativos que en otros tiempos hubiesen provocado desafíos y bataholas. Hoy, las mismas groserías que fueron creadas para humillar y denostar son usadas en forma cariñosa y amigable.

Palabras que cuando eran escritas, apenas si se indicaban por su letra inicial y sugerentes puntos suspensivos, hoy las

encontramos escritas en toda su extensión por académicos y literatos y en no pocas crónicas periodísticas. El fenómeno es más aparente en países de altos márgenes culturales. En los Estados Unidos, las famosas palabras "de cuatro letras" no sólo están incorporadas al lenguaje literario y dramático, sino aparecen provocativamente escritas en camisetas que lolas y lolos usan por igual, al paso que leer la mayoría de las revistas españolas después del "destape" provoca asombro por una licencia que, por ser castiza, todavía nos golpea.

Mi preocupación sobre este asunto no tiene una intención de provocar un saneamiento del lenguaje. Muy por el contrario. Me inquieta que habiendo perdido su valor injurioso ciertos términos, nos hemos quedado empobrecidos de palabras que necesitamos cuando, efectivamente, queremos agredir verbalmente, desahogar nuestra ira e indignación. Todo el arsenal de garabatos que fuimos adquiriendo en el curso de nuestras vidas, hoy resultan municiones con la pólvora mojada que no producen el efecto que deseáramos que tuviera.

El hecho es que el insulto es una necesidad que siempre tuvo el hombre y que hoy, por desgaste, no tiene una expresión adecuada. Yo sugeriría, modestamente, que las Academias de la Lengua de los distintos países se abocaran a este serio problema lingüístico y que logran entregar a la población palabras nuevas, de pronunciación fácil y rápida, como para poderlas disparar en una emergencia y que tuvieran esa carga emocional que una vez tuvieron esas otras que han ido perdiendo, por su indiscriminado uso, todo su valor agresivo.

Tal vez, con esos nuevos términos, volveríamos a reencontrar esa voluptuosidad de insultar de la que nos hablaba Pío Baroja.

PARTIQUINO